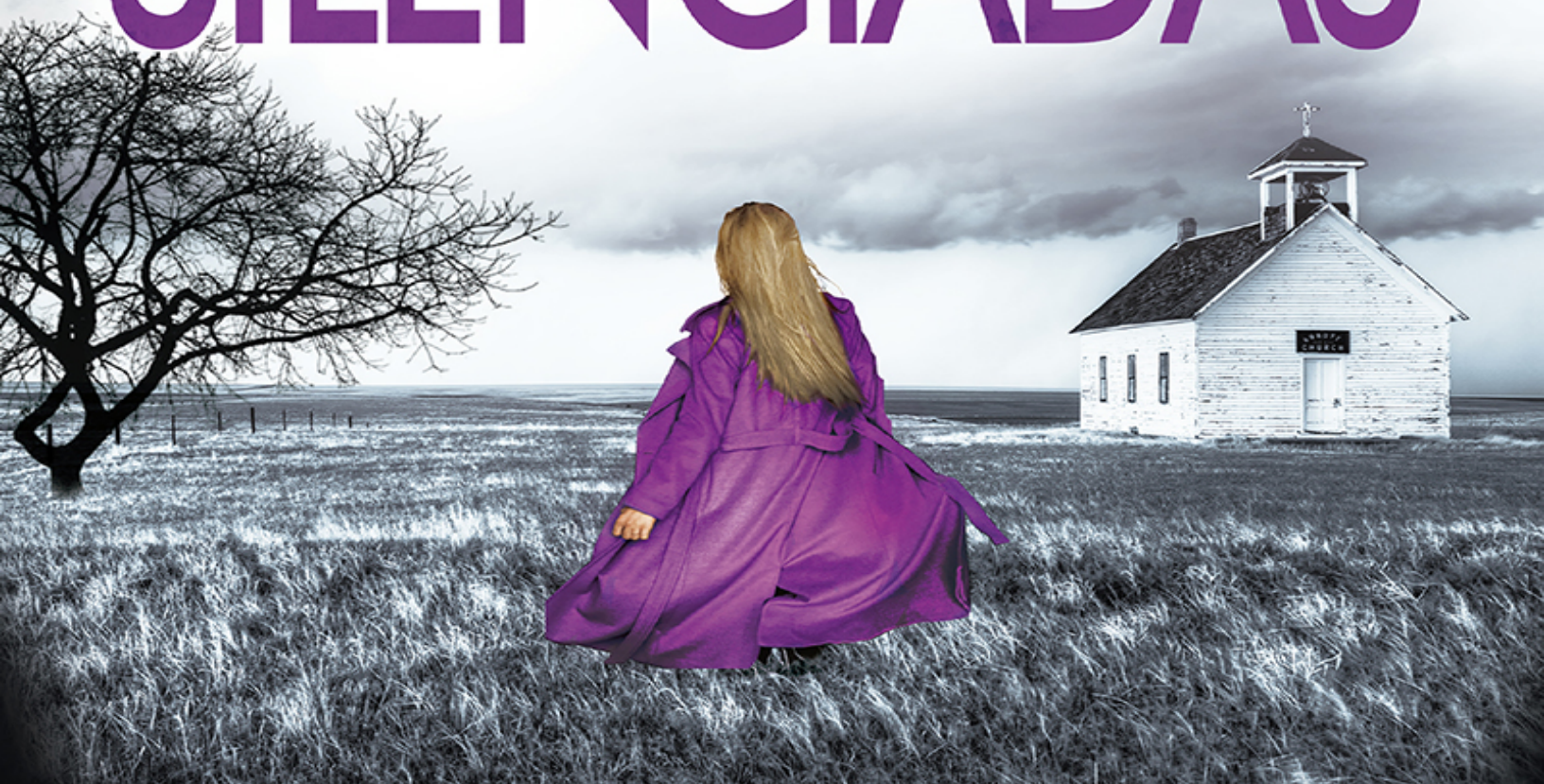




LAS VOCES SILENCIADAS



PATRICIA GIBNEY

UN CASO DE LA INSPECTORA LOTTIE PARKER

**Gracias por comprar este ebook.
Esperamos que disfrute de la lectura.**

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



Las voces silenciadas

Patricia Gibney

Libro 9 de la inspectora Lottie Parker

Traducción de Luz Achával para Principal Noir



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Nueve años atrás

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Epílogo

Una carta de Patricia

Agradecimientos

Sobre la autora

Página de créditos

Las voces silenciadas

V.1: febrero de 2022

Título original: *Silent Voices*

© Patricia Gibney, 2021

© de la traducción, Luz Achával Barral, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Rights People, Londres.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imágenes de cubierta: Shutterstock - Scott Book | Stock
4you

Corrección: Isabel Mestre

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-18216-30-5

THEMA: FFP

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Las voces silenciadas

**Un *thriller* adictivo de la autora *best seller*
Patricia Gibney**

Cuando la joven Beth Mullen regresa a su casa, donde vive con su hermana gemela, Rachel, el silencio sepulcral que la recibe le provoca escalofríos. Beth sube las escaleras a toda prisa y encuentra a su hermana tumbada en la cama, con el cuerpo rígido y sus ojos azules cerrados para siempre.

En cuanto la inspectora Lottie Parker llega a la escena, sabe que han asesinado a Rachel: tiene quemaduras alrededor de la boca y una esquirla de cristal insertada en la garganta. Ante un crimen tan atroz, Lottie no puede perder ni un segundo para empezar la investigación.

Pero todo se complica cuando el sargento Boyd, el prometido de Lottie, desaparece. ¿Podrá la inspectora encontrarlo antes de que sea demasiado tarde? ¿O también silenciarán su voz para siempre?

«Con más de un millón y medio de ejemplares vendidos, Gibney es uno de los mayores fenómenos literarios del

año.»
The Times

El nuevo fenómeno del thriller internacional
Más de un millón y medio de ejemplares vendidos
Best seller del Wall Street Journal y del USA Today

*Para Ger Nichol,
agente y amigo*

Nueve años atrás

El chico intentó contener las lágrimas. Creía conocer el camino a casa, pero ahora ya no estaba tan seguro. Los campos estaban oscuros, las luces de la vivienda que acababa de dejar quedaban lejos. Le habían dicho que se fuera a casa. No lo querían allí. Incluso se habían reído de él. Los niños mayores no debían llorar, pero ahora estaba llorando. Esperaba que su madre y su padre estuvieran en casa, como acababan de decirle, aunque se suponía que iban a pasar la noche fuera.

Caminó campo a través, subió por la carretera estrecha y trepó con cuidado por los escalones que permitían cruzar la valla. Dejó que los pies se le hundieran en el terreno arenoso. El suelo estaba impregnado de rocío y una niebla espesa y demasiado baja se empecinaba en no dejarle ver más allá. El camino debería resultarle familiar, grabado en su mente por las caminatas con su padre para controlar el trabajo en la cantera. Había días en que no veía a su padre. Días largos y noches interminables en que el golpe de las perforadoras y el murmullo de las máquinas perforaban el aire. Le encantaba ese ruido. Su padre le había dicho que solo era una explotación pequeña, pero que tal vez algún día el chico la volvería grandiosa. No le gustaba que el verde de los setos se hubiera vuelto gris por el polvo y la piedra después del verano, ni que los nidos hubieran

empezado a vaciarse. Pero a su familia no parecía preocuparle la naturaleza.

El silencio lo envolvía y la niebla le humedecía el pelo mientras avanzaba fatigosamente. Pensó que ojalá hubiera traído sus botas de agua, porque tenía las zapatillas empapadas y rezumaban a cada paso que daba. Tal vez podía echar un vistazo a la cantera antes de llegar a la cima de la colina. No había nadie a esas horas de la noche, pero sabía cómo entrar. Y, de todos modos, era el camino más corto a casa. Se coló por el hueco de la valla de alambre y siguió avanzando.

No se dio cuenta de que estaba cerca del borde de la cantera hasta que oyó caer al agua las piedras que había pateado mientras andaba. El espacio cavernoso se abrió y a su alrededor la niebla se alzó místicamente hacia el cielo, y la piedra y la hierba partieron la tierra ante él. El chico sintió que estaba solo con la naturaleza. Justo en ese momento, creyó oír un ruido a sus espaldas. No, solo un tonto subiría hasta allí en la oscuridad. ¿Lo convertía eso en un tonto? Ahí estaba otra vez. Un susurro. Las hojas que se movían en las ramas. ¿El viento? No, la noche estaba en calma, la niebla flotaba a su alrededor. ¿Por qué tenía que estar tan oscuro? Cuando fue a apartarse del borde, el susurro se acercó más y unas piedras crujieron en el suelo. Quiso volverse y sintió la presión de una mano entre sus omóplatos.

—¡No!

Creyó que había dicho la palabra en voz alta, pero tal vez no lo había hecho. En su lugar, una risa histérica llenó el aire. No era la suya. Un grito ahogado salió de su cuerpo cuando la mano en la espalda lo empujó y cayó al vacío.

El agua era densa y viscosa. Le llenó la boca mientras gritaba y viajó hasta sus pulmones tan rápido como la cabeza se le hundía en el agua.

Se sentía extrañamente tranquilo.

Prólogo

Sábado 25 de noviembre

Tal vez se había construido en los últimos diez años, pero, por su aspecto, la pequeña capilla parecía datar de la época en que los monjes habían establecido las primeras iglesias cristianas en Irlanda. Como mucho había espacio para cien personas, pero ese día estaba dispuesta para menos de treinta.

En el respaldo de las sillas que se alineaban a ambos lados del corto pasillo había ramilletes de velo de novia intercalados con otros de fragantes fresias atados con cintas de satén blanco. Cuando los primeros invitados comenzaron a llegar y se abrió la puerta, el denso aroma flotó hacia ellos como una ola de frescor. La luz se colaba a través de las pequeñas ventanas de arco y arrojaba arcoíris sobre las paredes de piedra y bañaba el ambiente de un aura mística.

El interior de la capilla era fresco, aunque fuera el aire del mediodía era cálido. Tres velas gruesas se alzaban sobre el altar cubierto de flores, una por el novio, otra por la novia y una tercera tenía los nombres de los familiares fallecidos inscritos en filigrana dorada.

La charla precedía a los invitados mientras se acomodaban en sus asientos: la familia en las dos primeras

filas y los amigos detrás, seguidos de los compañeros de trabajo. La sección de amigos estaba formada sobre todo por compañeros de trabajo, pero eso no importaba.

En el dormitorio de la cabaña de piedra contigua a la capilla, Lottie se miró en el largo espejo. Tenía que admitir que no reconocía la imagen que veía reflejada. Debajo de un corpiño ajustado de satén, el vestido de gasa color crema flotaba desde la cintura y, con la luz que entraba por la ventana, Lottie pensó que parecía algo mágico. Casi nunca (nunca) llevaba vestidos, y se habría casado con sus vaqueros y una camiseta si hubiera creído que podía salirse con la suya. Pero sus hijas se habían mostrado inflexibles, así que había cedido. Una pequeña victoria para las chicas, pero lo cierto era que se sentía muy satisfecha con su reflejo. La noche anterior, en casa, se había teñido el pelo de un tono un poco más claro que de costumbre porque Chloe había insistido, aunque no estaba segura de si era un rubio rojizo o rubio puro. Esas cosas nunca le preocupaban. Unas cuantas flores sueltas colocadas estratégicamente alrededor de la cabeza escondían las horquillas que le sujetaban el peinado. Katie había obrado su magia con el maquillaje, la sombra de ojos y un montón de cosas más que Lottie nunca había usado, pero estaba contenta con el resultado. Al menos escondía los moretones.

—Ha quedado increíble —comentó mientras abrazaba a su hija mayor.

—Pareces diez años más joven —respondió Katie, y una sonrisa enorme le iluminó los ojos.

—¡Venga ya! Solo tengo cuarenta y cinco —la contradijo Lottie en broma. Había cumplido los cuarenta y seis en junio—. ¿Está listo Louis? —Louis era el hijo de dos años de Katie, el nieto de Lottie.

—Está listo, pero no puedo garantizar que haga lo que tiene que hacer.

—No importa. Mientras Boyd esté aquí, y tú, Chloe, Sean y el pequeño Louis, seré feliz.

—Sé que todavía no has conocido al novio de Chloe, mamá, pero no es lo que te esperarías...

—Hoy no, Katie.

—Solo quería avisarte.

—Gracias —repuso Lottie—. Y me encanta tu vestido. — Katie llevaba un modelo ligero rosa fucsia de Macy's, mientras que Chloe lucía uno parecido en azul (rebajas de últimas prendas). El vestido de Lottie era de una tienda de segunda mano, pero todos parecían bastante caros. «No tiene sentido gastar dinero que no tengo», pensó—. ¿Está listo Sean?

—Sean nunca está listo —se quejó Katie—. Iré a ver cómo va.

—Gracias. ¿Y Katie?

—¿Sí?

—Por favor, no dejes que la abuela Rose se me acerque antes de la ceremonia. Seguro que dice algo que me hará sentir mal, y no puedo lidiar con ello precisamente hoy.

—Eso está hecho.

Al quedarse sola, Lottie sintió que el corazón se le henchía de felicidad. Era una sensación que creía que no volvería a sentir después de que su marido, Adam, falleciera cinco años atrás. Entonces se había sumido en una época oscura y se había debatido en las profundidades de la adicción y el dolor, pero finalmente, con la ayuda de su colega, amigo y futuro esposo Mark Boyd, había llegado hasta ese día, después de una semana de tormentas y lluvia torrencial, con un sol que brillaba más fuerte de lo que ella nunca recordaba para ser finales de noviembre.

Posó la mirada en el pequeño tocador sobre el que descansaba el regalo que le había dado su madre. Un guardapelo de oro.

—Era de mi madre —le había dicho Rose—. Es una reliquia familiar irreemplazable. No lo pierdas. He puesto una foto dentro, solo para ti.

No había habido expresiones de afecto ni buenos deseos. Solo esa frase. «No lo pierdas». Lottie había querido preguntar: «¿Para qué regalarlo si viene con órdenes?». Pero solo había murmurado un «gracias» y había dejado que Rose se marchara.

Abrió el guardapelo y se quedó mirando la foto pequeña y toscamente recortada de la cara de Adam. El corazón le dio un vuelco en el pecho antes de hundirse dramáticamente en algún rincón de su barriga y el aliento se le quedó atrapado en la garganta. Las lágrimas amenazaban con anular la felicidad que sentía. ¿Era uno de los típicos gestos insensibles de Rose o realmente creía que estaba haciendo lo correcto? Lottie cerró el guardapelo de golpe y lo dejó caer en el estuche de maquillaje de Katie. Ojos que no ven y todo eso. No había olvidado a Adam. Todavía lo echaba de menos y lo quería. Pero quería a Boyd de una manera diferente. De una manera nueva. Él era parte de su presente, no de su pasado. Él estaba a su lado. Confiaba en él. Creía en él. Lo amaba, ¿no era cierto? ¡Cuando no se dedicaba a correr riesgos innecesarios y a ponerlo al borde de la muerte!

Se enjugó las lágrimas antes de que le estropearan el maquillaje y abrió la tapa de la caja de terciopelo azul que Boyd le había dado. Una fina cadena de plata artesanal con dos corazones entrelazados. Un regalo simple. Profundo. Meditado. Era verdaderamente preciosa. Se la colocó en el cuello y admiró su imagen en el espejo. Una sonrisa alcanzó sus ojos verdes, que relucieron como esmeraldas bajo el sol. «¡Basta!», se regañó a sí misma.

Se calzó los zapatos de seda color crema que Chloe había insistido en que comprara. Eran demasiado caros teniendo en cuenta que no los volvería a llevar, pero había

acabado cediendo y los había comprado. Lo que fuera para que sus niñas estuvieran contentas. Lista al fin, abrió la puerta y entró al pequeño salón donde la esperaba su familia.

—¡Oh, Dios mío! Estás increíble —exclamó Chloe con entusiasmo mientras la cogía de las manos y la hacía girar por la habitación. Una nube de gasa azul y crema flotó en el aire y Louis chilló encantado.

—¿Qué te parece, Sean? —preguntó Lottie, que estaba recuperando el equilibrio después de que Chloe la hubiera soltado.

Su hijo se mordió el labio y las lágrimas le brillaron en los ojos. Llevaba el pelo rubio bastante corto, pero el flequillo, como siempre, le caía hacia sus ojos azules. Los ojos de Adam. Lottie se llevó la mano al pecho y tragó saliva.

—Estás despampanante, mamá —dijo al fin—. Preciosa.

—¿No lo estoy siempre? —bromeó para intentar liberar parte de la tensión que amenazaba con desbordarse fuera de control.

Sean la abrazó con fuerza y luego dio un paso atrás.

—¿Estamos todos los Parker listos para dar comienzo al espectáculo?

Un silencio expectante cayó sobre ellos, y Lottie inhaló el aroma floral del perfume de sus hijas.

—¿Quién tiene mi ramo?

Katie cogió el ramo de flores silvestres del fregadero de la pequeña cocina y secó los tallos con un paño antes de dárselo.

—Si estáis listos, yo también —dijo Lottie, y, por primera vez en cinco años, se sintió feliz de verdad—. Vamos a empezar la siguiente etapa de nuestras vidas.

* * *

Las mariposas se arremolinaron en su estómago cuando atravesó la puerta detrás de sus hijas y de su nieto. Sean la cogió del codo con más fuerza de la necesaria, luego aflojó los dedos y los apoyó suavemente en su brazo.

—¿Estás bien, mamá?

—Estoy un poco nerviosa. ¿Y si Boyd no aparece?

—Por supuesto que aparecerá.

Mientras cruzaban el patio empedrado, Lottie echó una mirada a la cabaña a la que esperaba que Boyd hubiera llegado esa mañana para ponerse su traje nuevo. Parecía desierta.

—Deja de preocuparte —la conminó Sean.

Doblaron la esquina y, mientras se acercaban a la capilla, Lottie sintió la primera oleada de ansiedad. ¿Por qué había tanta gente apiñada fuera? Deberían estar dentro. Chloe y Boyd lo habían planeado todo hasta el último detalle. Así era Boyd, terriblemente obsesivo. Le había repetido el horario tantas veces que se le había grabado en el cerebro. «Las doce del mediodía. Ni un segundo más tarde». ¿Cuántas veces lo había dicho? Demasiadas para contarlas. Esbozó una sonrisa, pero se detuvo al ver que su madre se acercaba con Grace, la hermana de Boyd.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lottie—. ¿No ha venido la oficiante?

—No, *esa* ha venido —respondió Rose, sus palabras estaban cargadas de desdén. Estaba chapada a la antigua y no iba a cambiar.

Lottie cogió a Grace del brazo.

—¿Adónde vas, Grace? A Boyd..., a Mark no le va a gustar que lleguemos ni un segundo tarde.

—Él es el que llega tarde —dijo Grace.

Lottie se volvió y vio que Kirby salía de la cabaña que le habían asignado a Boyd.

—¿Qué pasa?

—Puede que tengamos que retrasar la ceremonia un rato —explicó Kirby mientras se encendía un puro. Su aspecto era inusualmente pulcro y arreglado, aunque los botones de su camisa blanca estaban tirantes sobre la barriga, y se había puesto gel o algo parecido en el pelo para domar sus rizos salvajes.

Lottie sintió que el pánico le partía el pecho en dos.

—¿Dónde está Boyd?

—No lo sé.

—¿No has estado con él esta mañana? ¿Para ayudarlo a colocarse la flor o algo así?

—Conoces a Boyd mejor que nadie, y sabes que él es el único que puede hacerlo bien. —Kirby dio una calada profunda a su puro, lo remató y se lo guardó en la mano—. Habíamos quedado en encontrarnos en la capilla a las doce menos diez. Ya es mediodía, y acabo de entrar para ver por qué llegaba tarde y...

—Oh, por el amor de Dios, Kirby, deja de irte por las ramas. —Lottie le puso el ramo en la mano y fue hacia la cabaña. El diseño, estilo estudio, era pulcro y prolijo. Típico de Boyd.

Su traje de boda colgaba de la puerta, todavía en la funda de plástico. Lottie le dio la vuelta para buscar una señal, cualquier cosa que le contara qué pasaba. Lo encontró en la mesita de la cocina.

Una nota. Doblada en dos. Papel vitela color crema. En la parte exterior se leía «Mark Boyd».

La abrió y, a medida que leía, sintió que se le helaba la sangre y se le aflojaban las rodillas. Los escalofríos le recorrieron la columna.

Las palabras se emborronaron cuando volvió a leerlas. Sin firma. Escrita a mano con letras pequeñas y pulcras.

Antes de que cometas el mayor error de tu vida, reúnete conmigo. Si no lo haces, tendrás su sangre en las manos. Ella está conmigo. Ya sabes dónde encontrarnos.

Lottie se desplomó en el suelo en medio de un remolino de gasa.

1

Domingo 19 de noviembre

La noche era silenciosa, hacía tiempo que no se oían los trinos. Los pájaros habían volado a lugares más cálidos, pensó Ellen mientras sus pies chapoteaban entre las hojas muertas y húmedas. La lluvia llenaba el aire.

Descolgar la ropa húmeda del tendedero era una tarea que repetía cada noche. No estaba segura de por qué seguía tendiendo la ropa fuera cada mañana para volver a entrarla por la noche. Suponía que así parecía que alguien vivía en la casa. Que su vida era normal.

El suave brillo de la neblina se posó en sus manos mientras arrojaba la última pinza a la cesta de plástico que colgaba del tendedero. Levantó la vista hacia el cielo oscuro, sin estrellas, con la luna oculta por las nubes negras. La noche en que su vida había cambiado para siempre había sido bastante parecida. Silenciosa, húmeda y oscura. El recuerdo la había atormentado cada día desde entonces.

Los pensamientos que se sucedían en su mente hicieron que se estremeciera, y se volvió hacia la luz cálida que se derramaba como un aliento por la puerta trasera y que arrojaba sombras inquietantes sobre los adoquines que partían el patio en dos. Apartó las hojas del camino con el

pie y las echó sobre el césped mientras caminaba y se decía a sí misma que, si la lluvia anunciada decidía no caer, al día siguiente pasaría el cortacésped una última vez.

Le pareció oír un sonido. Contuvo el aliento y escuchó. Un crujido. Las hojas estaban demasiado húmedas para producir un sonido como ese. No vio a nadie cerca, así que se encogió de hombros y entró en la casa.

No había sido consciente del frío que hacía fuera hasta que cerró la puerta trasera y sintió el calor envolverla como un chal. Pero siguió temblando. Dejó la ropa sobre la mesa y la alisó antes de acomodarla sobre el perchero junto al fogón. Tal vez al día siguiente no se molestaría en colgar la ropa en el tendedero.

Hablaba consigo misma mientras trabajaba, y se preguntó si se estaría volviendo loca en la ciénaga de soledad en la que se hallaba. A sus treinta años, sabía que debería estar satisfecha con su vida y disfrutándola, pero las cosas nunca eran tan simples.

Encendió el televisor para que le hiciera compañía y se fijó en las dos tazas sobre la mesa, que estaban allí desde que su visitante se había marchado hacía un rato. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y el pasado la atormentaba más y más con cada visita. Las tazas deberían haberse enjuagado y colocado en el lavavajillas. Al levantarlas, miró dentro de la que había usado. Quedaba un dedo de *whisky* en el fondo, así que lo apuró, aunque habría preferido vodka, y llevó las tazas al escurrer platos.

En la tele, el culebrón familiar estaba a punto de acabar y trató de recordar qué daban luego. Echó otro leño a la estufa y se sentó con el mando a distancia en la mano. Resultaba mullido al tacto.

Otro ruido. Una puerta que golpeaba. ¿En el piso de arriba? Ellen se quedó inmóvil antes de dejar caer el mando. Sus manos comenzaron a temblar y se le revolvió el estómago. Saltó de la silla. Los vaqueros se le engancharon

en el clavo salido que tenía pendiente volver a clavar y oyó que la tela se desgarraba. Su estómago se encogió en un retortijón despiadado. El dolor le quemó hasta la garganta y pensó que iba a vomitar o a defecar, o ambas cosas a la vez. Otro ruido.

—Me cago en la leche —masculló el juramento favorito de su padre mientras intentaba mantener el control sobre sus entrañas. Otro retortijón acompañado de un dolor intenso hizo que un chillido se le escapara de entre los dientes apretados. Tenía que llegar al baño.

En el pasillo, el brillo amarillo de la luz de fuera entró parpadeando por el pequeño cristal que había en la parte superior de la puerta. De forma mecánica, tanteó la pared para buscar el interruptor, pero otro ruido hizo que se detuviera. ¿Venía de arriba?

Podía llamar a su amigo para que viniera, para que lo comprobara por ella. Pero no quería ser una carga. No era fácil asustarla, pero algo la advertía de que tuviera cuidado.

—Siempre tengo cuidado —murmuró. Lo había aprendido por las malas. Subió las escaleras en la oscuridad.

Al día siguiente se reiría de aquello, pero esa noche no tenía ganas de reír. Se sentía mareada, y los ruidos desconocidos no ayudaban.

En el descansillo esperó y escuchó. Se llevó la mano al pecho y tragó en silencio, y no notó ni siquiera una brisa.

—No seas tonta —dijo en voz alta cuando al fin se permitió respirar con normalidad—. Solo son los pájaros en el tejado.

Pero había muy pocos pájaros en la zona, se recordó a sí misma. ¿Un murciélago en el ático? Puaj. Instintivamente, se llevó una mano al pelo. La idea de un murciélago enredado en sus mechones sedosos era casi más repulsiva que un extraño escondido en el piso de arriba.

Sus entrañas gruñeron y otra punzada de dolor le atravesó el abdomen y le subió por la garganta. Se quedó allí, en el silencio mortal, y escuchó su propia respiración agitada. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Se estaba imaginando cosas.

—Tal vez me esté volviendo loca.

Se dobló hacia delante y gritó cuando un dolor lacerante la desgarró por dentro como un cuchillo afilado. Entró al baño a gatas, se bajó los vaqueros y se sentó como pudo en el váter. El llanto le cerraba la garganta y el latido que la atormentaba le contraía los pulmones y se los apretaba como pelotas de plástico hasta que no pudo respirar.

Trató de subirse los pantalones, pero no tenía fuerzas. Se los quitó del todo y se arrastró hasta el descansillo. El hedor tenía un matiz de algo que no podía haber comido. Notaba el sabor en la boca. ¿Qué era? Se esforzó por ponerle un nombre al sabor y al olor. Volvió a sentir una punzada brutal en el estómago. ¿Qué debía hacer? El teléfono. Tenía que pedir ayuda. Su móvil estaba en la mesa de la cocina y el fijo, al final de las escaleras. Mierda.

Se puso en pie apoyándose en la pared y avanzó despacio hacia las escaleras.

Entonces oyó un zumbido. El aleteo de una tela. Justo antes de sentir un empujón entre los omóplatos. Luego, los golpes de su cuerpo al caer, primero contra la pared y luego contra los escalones. El suelo del pasillo llegó demasiado rápido. Agitó las manos hacia delante para tratar de suavizar el aterrizaje sobre las duras baldosas.

El crujido del hueso sobre la cerámica.

El impacto de su cabeza contra la pared.

Dos vértebras de su columna se partieron como alitas de pollo. Por el dolor ardiente, supo que se había hecho añicos el coxis. Todo había ocurrido muy deprisa.

Alargó el brazo para agarrar la mesa del recibidor y la tiró encima suyo. El teléfono cayó justo fuera de su alcance.

Tampoco podría haberlo usado. Su cráneo golpeó contra el suelo cuando quedó tendida en el suelo, con una pierna todavía en las escaleras y la otra retorcida bajo el cuerpo. Tenía la nariz rota. Durante un rato, la sangre siguió manando bajo su cabeza mientras su corazón luchaba por asimilar la agresión que había sufrido el cuerpo. No podía respirar. Sus vías respiratorias estaban comprimidas.

Aire, necesitaba aire. Se arañó la garganta para tratar de hacerse un agujero con las uñas. Pero era imposible. El dolor era insoportable y la sensación de asfixia la ponía histérica.

Pasaron unas cuantas horas y, finalmente, el corazón desistió en su esfuerzo por llevar la sangre a través de las venas y las arterias dañadas y su alma, derrotada, abandonó su cuerpo.

2

Lunes 20 de noviembre

Lo que menos soportaba Rachel Mullen, de veinticinco años, era la impuntualidad, y allí estaba, llegando media hora tarde a una fiesta llena de gente, a la mayoría de la cual no conocía. Eso debería haber hecho que resultara más sencillo, pero para Rachel las primeras impresiones eran clave.

Entró a toda prisa a una cacofonía de voces, risas y parloteo. Arrojó las bolsas al suelo y se sacudió para quitarse el abrigo mojado. No había donde colgarlo en el pequeño vestíbulo, así que se lo acomodó en el brazo. El pelo le caía del moño alto descuidado que se había hecho, de modo que se quitó la horquilla y ahuecó los mechones encrespados con los dedos. Cogió el maletín del ordenador, se colocó la tira en el hombro y se acomodó el bolso en el otro brazo. Debería haberlos dejado en el coche o haberlos llevado a casa después de la reunión de la tarde. Sintió que un rubor le subía por las mejillas. ¿Por qué se había tomado una copa con él? A la mierda, pensó, valía la pena porque las cosas estaban progresando y pronto sus esfuerzos se verían recompensados. ¡Sí!

Forzó su mejor sonrisa en el rostro cansado, empujó la puerta interior y entró en la bulliciosa estancia.

—Rachel, has llegado. —La mujer joven que se le acercaba esbozaba una sonrisa falsa—. Me alegro de que hayas podido venir. Están a punto de servir la comida. Toma, bébete una copa mientras esperas. Sé que te encanta el *prosecco*. ¿O tal vez prefieres un vodka?

—El *prosecco* me va bien. —A Rachel no le preocupaba la bebida en ese momento, aunque habría preferido un chupito. Pero vodka no. Le traía demasiados malos recuerdos.

—Sé que ha pasado un tiempo, pero lamento lo de tu madre. —La mujer le dio una copa y desapareció en medio de la masa de gente reunida.

—Seguro que sí —masculló Rachel.

Se quedó mirando la delgada copa de champán llena del líquido burbujeante con una triste fresa flotando dentro. Luego se lo bebió de un trago, fresa incluida, y cogió otra copa de una bandeja antes de adentrarse en la multitud. Se sentía fuera de lugar, y mal vestida. Aunque todavía no eran ni las ocho, la mayoría de gente iba vestida de fiesta, mientras que ella todavía llevaba la ropa del trabajo.

No veía a nadie conocido, así que salió de en medio de la multitud, se acomodó contra una pared y observó cómo la gente interactuaba. «Son todos falsos —pensó—. Muy falsos». Pero, si ellos eran falsos, ¿en qué la convertía eso a ella? Sabía que su vida estaba construida sobre una gran mentira, y había pasado los últimos nueve años tratando de absolverse a sí misma. Pero la muerte de su madre hacía dos años había hecho que viera las cosas de otra manera. ¿Podía corregir los errores de su juventud? Solo le quedaba intentarlo.

Un tirón en la manga hizo que se volviera.

—Hola. Pareces tan contenta de estar aquí como yo. ¿Vienes a menudo?

—¿Acabas de inventarte eso? —Forzó una sonrisa y miró al hombre de arriba abajo. Se fijó en que se balanceaba,

aunque intentaba quedarse quieto. Decidió que estaba bastante borracho.

—Ja, ja —rió él en tono burlón—. Eres muy graciosa cuando quieres.

—Ni siquiera me conoces. —Ya estaba aburrida, así que trató de alejarse. El hombre la cogió de la manga.

—¿No eres una de las hermanas Mullen? Trabajo para Hazel Clancy. Eras amigas, ¿no es cierto? Me ha enviado aquí esta noche en su nombre.

Ese nombre conjuró un viejo recuerdo que hizo que se le secara la garganta. ¿Por qué habían invitado a Hazel?

—Eso fue hace una eternidad. —Las palabras salieron de su boca a trompicones.

—Venga, larguémonos de aquí. Podríamos tomarnos unas copas en el bar Danny. ¿No te parece un plan mejor que estar aquí atrapada con estos pelmazos?

Rachel le dio un manotazo para apartarle la mano y le salpicó sin querer la camisa con su bebida, y entonces dio un paso atrás contra la pared. De repente hacía demasiado calor, y los bolsos y el abrigo le pesaban demasiado.

—Mira, no pretendo ser grosera, pero tengo que hablar con esta gente. Necesito hacer contactos para mi nuevo negocio. Por eso estoy aquí. Si no te importa, prefiero moverme sola.

—Te gusta hacerte la difícil, ¿eh? —dijo el hombre con una sonrisa.

Rachel cedió un poco. Lo que fuera por una vida tranquila.

—Soy Rachel.

—Andy —se presentó.

Ah, ahora sabía exactamente quién era. El mamarracho que siempre bebía de más y le estropeaba la noche a todo el mundo. Así que nada había cambiado en todos esos años.

—¿Podrías traerme una copa, Andy? Una *de verdad*. Un *gin-tonic*.

—Si me das tu número.

—Hecho. —Fue a abrir el bolso.

—Hay barra libre. Annie Fleming está generosa esta noche. Supongo que no todas las semanas abre un restaurante nuevo en Ragmullin.

—Toma —dijo rápidamente mientras le tendía una tarjeta—. Mi número está aquí.

—Gracias. —Andy se la guardó en el bolsillo—. Vuelvo en un periquete.

Mientras el hombre se abría paso entre la multitud, Rachel dejó escapar un suspiro de alivio. Pero, de inmediato, una chica joven se le acercó cargada con una bandeja de canapés.

—Por favor, sírvete —dijo mientras movía los ojos con nerviosismo.

—No me quedan manos libres —se disculpó Rachel, pero se subió más el bolso en el hombro y, educadamente, cogió un canapé mientras se preguntaba cómo iba a mantener el equilibrio con todo lo que estaba sosteniendo ya. Mejor metérselo al buche. La chica volvió a ofrecerle la bandeja y Rachel se sirvió otro—. El último, o me pondré como una foca.

—Yo creo que estás muy bien —dijo la chica.

—Estoy aquí para causar buena impresión, pero me temo que estoy un poco piripi. Creo que ya me he tomado dos *proseccos*.

—Oh, no te preocupes, aquí están todos igual. —La chica le guiñó uno de sus ojos oscuros y sin brillo y se fue a buscar a otra persona que vaciara la bandeja. Rachel notó una cierta sensación de aislamiento y soledad en sus maneras. Ella misma se había sentido así no hacía mucho tiempo, pero en esos momentos estaba llena de ideas y entusiasmo por su nueva aventura después de escapar del